

El sinthoma y el super-yo

Distinción de las diferentes fuentes de la culpa y su relación con la teoría del super-yo. Relación con el sinthoma

Introducción

Siempre nos pareció que en el ámbito analítico de referencias lacanianas se descuidaba un aspecto de la doctrina y la clínica muy importante: nos referimos a las cuestiones que la doctrina adjudica globalmente al super-yo. Parecería que los sujetos tenían fantasma y síntomas, también sinthoma, pero generalmente nada se presenta, en las exposiciones, sobre el super-yo. En las situaciones en las que sí se hace se suele despachar el asunto con la expresión “el imperativo de goce”. Es verdad que en esos ámbitos a los que me refería se suele hacer una reducción de la clínica, en un cierto paralelismo con lo que ocurrió después de Freud. Si después de Freud sólo se hablaba del yo, ahora ese lugar lo ha ocupado el fantasma. Lo que en Freud era el complejo de castración como nudo de la neurosis ha pasado a segundo plano, de forma que se salva el tema con el socorrido término de “falta”. De paso, el significante fálico suele estar ausente en la exposición de casos, aunque reaparece el tema adyacente de la feminización y muy pocas veces el de la masculinización. ¿Por qué introducimos esto? Pues porque el super-yo está íntimamente ligado a estas cuestiones. Además, el hecho de que Lacan no se hubiese encargado nunca de él, aunque hiciera referencias continuas a su problemática, seguro que también ha ayudado a este ligero olvido.

Es desde ese punto que hemos querido presentarlo; intentando, de pasada, comenzar a articular lo que en la doctrina está muy fragmentado y situarlo en relación al Nombre-del-padre y el sinthoma, es decir, situar el super-yo en la cadena borromea de 4 nudos. Dicho de otra manera, vamos a abordarlo desde la estructura del padre, la que Freud visualiza como puede con el término de “identificación primera”.

Freud considera, al menos al super-yo denominado paterno, como un heredero del complejo de Edipo; entonces, una vez conocida la estructura del sinthoma en el caso de nominación simbólica (único al que me voy a referir), que es el padre, intentaremos articular y desbrozar los aspectos de culpa y remordimiento, que no son lo mismo, y situar el super-yo en una cadena-nudo de cuatro nudos, es decir, incluido en el último aparato psíquico que nos propone Lacan.

La lógica de la sexuación

Lacan acaba con el mito del Edipo proponiendo una lógica; ésta la podemos recordar en 4 pasos:

- La relación sexual no se puede escribir entre los seres de lenguaje: lo que la especie dividió no lo une el significante ni el objeto ‘a’.
- Donde ella no se escribe, necesariamente se escribe la pulsión (S_1) y contingentemente, si es el caso, el falo, Φ .
- El falo es uno de los nombres del padre simbólico, pero de un padre que no tiene existencia lógica, simplemente es un anudamiento entre los registros del que depende la identificación primera freudiana.
- Con tres registros anudados, el goce queda entonces dividido en cuatro superficies: sentido, goce fálico, goce Otro y goce a-sexuado.

Ahora bien, desde la tópica del inconsciente, esa estructura de goce es subjetivada de forma que en los límites de la función fálica existe un imposible, eso que jamás se podrá escribir (y por favor no

se confunda ese imposible real con el objeto 'a', pues éste es sólo la frontera). El inconsciente intenta captar dicho goce con más metáfora y más significación. Por eso el inconsciente no para nunca a menos que sitúe ese imposible. El goce imposible que no puede pasar al significante, en definitiva al inconsciente ¿cómo se presenta en dicho inconsciente? Pues *adherido* al goce de la prohibición. Es la trampa del inconsciente: presentar como prohibido un goce que es imposible. De caer en ella, el análisis deviene infinito y destructor para el analizante. Por eso, el sujeto debe castrarse y salir del goce fálico para, mediante su *teorema particular*, definir bien ese imposible y que el inconsciente no siga insistiendo en traspasarlo. De lo contrario, tiene como efecto en la tópica del sentido un forzamiento de éste y sus consiguientes efectos sintomáticos.

Cuando el inconsciente está atrapado en ese goce de la prohibición y hace creer que se ha traspasado, entonces tenemos los remordimientos, típico de los sujetos de los que decimos que sus deseos son incestuosos, utilizando un lenguaje freudiano. ¿Pero no decíamos que es imposible? Sí, pero el padre de la excepción hace creer que se puede. La figura del uno que no estaría sometido a la función fálica es el comienzo del goce de la transgresión, figura absolutamente necesaria para que los sujetos no se queden atrapados en el goce del significante o goce fálico. Pero que si no avanza hacia las dos fórmulas posibles de castración, mediante su cuantificación, no deja salida, como indicábamos más arriba.

Creemos que los remordimientos provienen de dicho goce transgresor, goce que aparece como el empuje de la relación sexual que no se puede escribir, aunque sí se pueden tener encuentros sexuales. *Es el goce de la prohibición al que se adhiere el goce sexual que no se puede escribir*, goce que el inconsciente de las mujeres propone como traspasado y que no deja de ser un enredo para tapar que justamente la relación sexual no se puede escribir; es decir, aparece un goce como prohibido y su supuesta transgresión → remordimientos (*Seminario "...Ou pire"*). Hay una diferencia entre las féminas y los varones: en los varones aparece siempre como que se podría traspasar si el sueño durase un poco más, pero justamente ahí se interrumpe siempre mediante la percepción de "un exceso de goce", como lo teorizó Freud. Dicho de otra manera, siempre hay algo que detiene al sujeto antes de traspasarlo, y el analista debe hacer sentir que es imposible para que no insista en la posibilidad de hacerlo y la consiguiente detención. Sabemos por el último Lacan que las féminas lo hacen como una forma alienante de existencia para las mujeres y que las sitúa frente a una aceptación de una "relación con el padre para existir". Este "pseudincesto" es el que le contaban una vez y otra las histéricas a Freud, que lo tomó como estructural y que es el Edipo en versión femenina. Lacan nos recuerda que "todas las mujeres" no existe y el único incesto de verdad es el que no se puede dar, es decir, con el Otro, tanto para varones como para hembras. Veamos entonces la cuestión del incesto separada de la transgresión de la ley fálica, es decir, separemos lo que en Freud está unido y que tiene como efecto que se solapen culpa y remordimiento.

El Otro del goce, la palabra y el todo desde el lado del significante

Si no se puede escribir la relación con el partenaire, sólo queda la relación con el Otro y es ahí donde se sitúa el incesto; aunque de nuevo debemos recordar que éste también es imposible, y que la prohibición, por parte del padre imaginario o denominado terrible, de dicho incesto no es más que una protección para el *infans*; puesto que, de creer que es posible, quedaría atrapado en el goce del Otro, materno en su caso, pues el goce es amboceptivo: uno goza del Otro pero el Otro goza de uno. De nuevo, la única salida es la castración: pérdida del Otro y recorte de un pedazo, 'a' y $-\phi$. Castración que, para estar bien situada, necesita que aparezca el otro significante de la falta $S(A)$. Pero éste no es tan fácil de subjetivar bien, ya que está muy bien camuflado mediante un fantasma. Cuando no se quiere saber que el Otro está castrado es cuando no se le puede responsabilizar de su

goce y aparece la culpa. Desarrollémoslo: Lacan, en “Subversión...”, lo teoriza indicando que si el Otro no está en falta, la responsabilidad del goce recae sobre el sujeto. Es la mejor definición de la culpa. Cuando no se está frente a un sujeto también dividido, ni frente a un Otro rajado por el mismo problema ante el goce y no sólo el deseo, la relación con el semejante está dominada por este Otro; relación en la que éste aparece como un Otro que goza de un objeto ‘a’ representado por el sujeto (dialéctica de los dos toros en el primer Lacan y dualidad del fantasma en el tercero); y de ese goce, del ser de goce, ése que Lacan denominaba metonímicamente “el universo es un defecto en la pureza del No-Ser”, se hace culpable el sujeto, con lo que se ve que ese goce no sirve para nada, igual que la culpa. Una analizante lo enunciaba así: ***“El otro, la responsabilidad que no quiere abordar, la convierte en un defecto mío”***.

De la culpa a la deuda simbólica

Uno de los temas menos elaborados en el psicoanálisis lacaniano es la diferencia entre la culpa tal como la define Lacan y la deuda simbólica, por el hecho de entrar en el universo significante; no creo que sea casual, porque la religión cristiana, o al menos la católica, las une en coalescencia en el término de pecado original. Nuestro modo de relacionarlo es el siguiente: la culpa, ya lo hemos visto, es no aceptar que el Otro está en falta y, por lo tanto, el sujeto se hace cargo de dicho goce en forma de culpa; por el contrario, la deuda simbólica aparece justamente por el hecho de recibir todo el legado significante. Por eso creemos que dicha deuda aparece en la cura tras reducir la culpa, es decir, por barrar al Otro, y es entonces cuando el sujeto se vuelve sobre el otro significante, el falo, denominado significante mayor, en su función castradora; es decir, la responsabilidad, que no la culpa, recae sobre el sujeto y aparece el tema desde el otro ámbito, que Lacan denomina ‘la deuda simbólica’ y que abre un campo más cercano al deseo y más alejado del goce.

La deuda simbólica aparece clínicamente mediante un “*no se sabe qué que el sujeto ha hecho sin saberlo*”, es decir, una deuda que Freud, a diferencia de Lacan, sitúa también en el Edipo. Es una deuda con lo simbólico del lado del inconsciente, por lo que Lacan la sitúa en la relación con el Otro de la palabra y en su relación con el deseo.

El super-yo y la palabra

Desde el lado de la palabra, Lacan sitúa otra de las caras del super-yo, esa figura maligna que surgía desde lo imaginario ahí donde la palabra se detenía. No hay que olvidar nunca que tenemos tres registros y por tanto tres tópicos entre ellos. Así es tal como Lacan define al super-yo feroz, y que recibe en la doctrina clásica la denominación de super-yo materno. ¿Cómo situar esta imagen de lo maligno en el aparato psíquico? ¿Cómo situar en el nudo del sinthoma el super-yo en sus dos facetas, o tres, imperativo de goce y figura feroz desde lo imaginario? Decimos tres aspectos del super-yo para no olvidar otra definición fundamental “*una escisión en el mundo simbólico del sujeto*”. En resumen, diferenciamos tres facetas del super-yo, en analogía con las tres caras del objeto, y cada una de diferente génesis y articulación con los registros. Necesitábamos, pues, obtener las diferentes génesis tal como, leyendo a Lacan, habíamos hecho con los remordimientos, la culpa y la deuda simbólica. No se nos escapa que la conciencia moral está también del lado de la culpa y por ello del lado de la relación con el Otro. Pero esta cuarta característica no la trataremos hoy.

Posible teorización

Podemos situar lo visto hasta ahora en un grafo que resulta de ampliar el grafo de la palabra del *Escrito* “Subversión del sujeto...”. En él colocamos en el lugar de la significación en la cadena de la

enunciación el fantasma del Otro y en el del síntoma los remordimientos. Se capta que hemos “desdoblado” la cadena del significado para diferenciar lo real que se escribe en la sucesión necesidad, demanda y pulsión, del real que no se escribe. Este real lo situamos en línea punteada, ya que no es una cadena, sino como mucho un litoral. En el círculo de arriba situamos la fórmula de la sexuación correspondiente, en este caso la del padre de la excepción. En el círculo de abajo situamos el super-yo paterno como resto. Para efectuar dicho grafo partimos del siguiente razonamiento:

Es conocido que Lacan, en sus últimos seminarios, insistió hasta la saciedad que lo real y lo simbólico no son superponibles, o dicho de otra manera, hay un real que no pasa a lo simbólico nunca. Ahí donde no se puede escribir la relación sexual se escriben los significantes amos y no queda más que la relación con el Otro. Las fórmulas de la sexuación nos sitúan, de diferentes formas, dicho real desde lo simbólico. Pero lo que Lacan sólo dejó indicado es el camino inverso, toda la cadena signifiante no es usada para construir las significaciones, o dicho de otro modo: todo lo simbólico no puede anclarse en lo real. Luego siempre hay un resto de signifiante que no se utiliza en la significantización; éste es el que hemos situado como voz saliendo del círculo del Otro.

Si algo nos enseña la clínica es que cuando el sujeto efectúa su repartimiento de goce, es decir cuando se ancla en lo real con la gran metáfora fálica, entonces, adherido a ella, queda ese resto que deviene voz. Freud creía que este resto “del complejo de Edipo” funcionaba como un heredero del complejo: el super-yo era un prohibidor de goce, es decir lo vuelve a situar del lado de la trampa del goce que como no se puede escribir aparece como prohibido. Lacan sitúa al super-yo de forma contraria: **es un imperativo de goce**. Pero un imperativo, decimos nosotros, que impele a saltarse la castración en el sentido contrario al habitual, o lo que es lo mismo, impele a intentar escribir como sea una significación fálica completa sin resto alguno de simbólico. Por eso es una voz loca e irresponsable, “DEBE ...” y por eso cuanto más el sujeto se hace cargo de la castración, es decir, de que no se puede traspasar el litoral entre lo simbólico y lo real, más afloja el super-yo. Entonces, estas dos condiciones, voz resto de signifiante e intento de traspasar la castración mediante un goce simbólico y real isomórficos, se unen en el concepto de imperativo de goce. Y nosotros los hemos unido en el círculo de abajo. Al unirse así, tenemos situado tanto el empuje del super-yo hacia los goces del padre de la excepción como el empuje hacia el goce paralizante de gozar del continuo “pensar y significar”¹.

En esta teorización, creemos ser consecuentes con Lacan cuando sitúa en el *Escrito* “Kant con Sade” el problema del imperativo categórico del lado de la razón práctica. Es decir, ahí donde el sujeto da con un imposible, debe tomar la **responsabilidad** del fallo en la realización del signifiante o la realización del Otro, $S(A)$, y no sólo del fallo de escritura del goce sexual y debe “**saber hacer ahí**”, camino contrario al que efectúa el psicópata, que se ofrece a los goces oscuros en un delirio moral. En ese intento de realización del mundo simbólico en un organismo es importante indicar que no sólo hay que castrar al Otro, sino hacerlo inexistir, punto fundamental para que no insista en su realización a través de un ser atrapado en el lenguaje. Así entendemos las últimas pistas que Lacan aporta sobre el tema en el *Seminario* “Encore”.

Además, volviendo al gráfico se plantea que dicho super-yo actúa en retroacción sobre la creación de los síntomas. Y por otro lado, tenemos que esa figura maligna teorizada como super-yo materno, proviniendo del narcisismo de la madre, en su doble registro imaginario y real, se une al par voz-resto. El goce narcisista está aún por trabajar en la doctrina.

¹ La resistencia del super-yo ligada a la repetición es como lo define Freud.

Bibliografía

Puede encontrarse todo el rastreo del concepto en Freud y Lacan en:

Gerez-Ambertin, M. (1993). *Las voces del superyo*. Buenos Aires, Ed. Manantial. Col. “Estudios de Psicoanálisis”.

En especial:

Freud, S. (1923). El yo y el superyó (ideal del yo). *El yo y el ello*. En *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu editores. 2ª edición en castellano 1984.

Lacan, J. Séminaire 1971. “D’un discours qui ne serait pas du semblant”. Pp. 97-111 y 159-173. Publication hors commerce. Document interne à l’Association freudienne internationale et destiné à ses membres.

Lacan, J. Séminaire 1971-1972. “... Ou pire”. Pp. 77-100. Publication hors commerce. Document interne à l’Association freudienne internationale et destiné à ses membres.

Lacan, J. Le Séminaire 1972-1973. Livre XX. “Encore”. París, 1975. Éditions du Seuil. Col. “Le champ freudien”, pp. 9-21 y 63-75.

Lacan, J. (1966). *Écrits*. París: Éditions du Seuil. Col. “Le champ freudien”, pp. 92, 116, 121, 129, 130, 132, 136, 137, 334, 335, 434, 619, 640, 683.

De las que remarco: 136, 434, 619

Bermejo, C. (2005). *Real y simbólico en el último Lacan. Un camino de ida y vuelta. Apuntes para una lógica de los cuantificadores: “Inexistencia” y “No-del-todo”*. Barcelona: Librería Xoroi. Número de Registro B- 46111-2005

Carlos Bermejo, Enero 2006